

\* En el encierro de Emilio Frugoni, Arturo Ardao habló en nombre de la Universidad de laico discurso, hondo y emocionante. — República. Como a continuación el texto de su magnífico discurso.

Otras páginas serán dedicadas sucesivas a la vida y la obra de Frugoni.

En estos días, de por sí oscuros, he aquí que se ha apagado la existencia luminosa de Emilio Frugoni. En estos días, de por sí tristes, he aquí que se va a apagar el corazón de la muerte de Emilio Frugoni... Hijo ilustre de la Universidad, tiene ésta el doloroso deber de velar sus desposos antes del definitivo viaje. Técanos la misión, tan honrosa como penosa, de despedir en su nombre, leyendo aquí la palabra de su Consejo Directivo Central.

Cierto es que desde hace un tiempo, la fatalidad de una salud irremediablemente quebrada por el paso de los años, había acallado su voz. ¡Qué silencio se había hecho, como consecuencia, en el Uruguay! Ese silencio se vuelve ahora completo al extinguirse hasta el último destello de su presencia viviente, símbolo hasta el fin de aquella irremplazable voz. De aquella voz que tan necesaria nos era precisamente ahora, después de haber resonado durante tantas largas décadas, tronante de admonición implacable, pero también urgente de expresa profecía.

Esta sombría época, que tantas cosas se ha llevado y se está llevando del Uruguay que yo tenía que llorar y desahogar, sabré yo que aquella muerte plural de toda una forma histórica nacional, ha terminado de cumplirse. Más que toda una época, es todo un Uruguay el que muere con él. Sólo que un hombre de su estirpe —al hombre que él fue— es justamente a quien, con total certidumbre, la historicidad estética le aguarda en el Uruguay que vendrá.

En una personalidad tan múltiple, desbordante de energía intelectual y creativa en tantas direcciones, con papel de primer plano en tantos escenarios y portavoz de tantos ideales y sentimientos, en tantos campos colectivos —siempre los más altos, siempre los más generosos— no resulta fácil, sin la debida distancia, establecer en adecuada síntesis la vida de su creador. Pero, si se quiere, por lo menos, hay en su vida un episodio de la edad juvenil que nos pone, por lo menos, en el camino de ella. Ese episodio es el que vivió en 1900 el Ariel de José Enrique Rodó.

Hubo un tiempo, en su vida y hasta en América, en que se habló de un movimiento teórico a la mención o cita de Rodó. Tiempo ya pasado, felizmente para el nombre y la obra del propio Maestro. En esta oportunidad, no obstante, su evocación nos resulta inevitable, porque es ella la que, en cierto modo, nos introduce en el secreto de la personalidad de Frugoni. "A la juventud de Frugoni le dedicó el mensaje de Próspero. Con veinte años justos de edad entonces —veinte años recién cumplidos— Frugoni, en una de sus muchas aventuras de aquella promoción, el que más profunda, comprensiva y duradera impresión recibió de él. Terminada con una obediencia descriptiva del grupo de discípulos, dirigiéndose en su momento, entre los que Rodó decía a uno a quien llamaban, con el nombre del clásico personal de Víctor Hugo, "Enjoltría", prototipo de la juventud pensadora y al mismo tiempo militante. De a cuerer el decir que entonces él, el momento de la vida que Frugoni el llamado a ser, más que ningún otro, el "Enjoltría" de aquella movida, que de bella en su fuente misma la palabra de Próspero.

Nueve años menor que Rodó, una estrecha y admirativa amistad de discípulo a maestro lo unió desde entonces a él, momento de su breve pasaje de compañero político, pero que fue definitivamente, además de personal y intelectual, una amistad de alma. Fue cuando seguía Rodó prologó su primera colección de poesías. De lo más hondo, retrocedió no recordo a ningún otro momento de la vida que Frugoni conservaría toda la vida un grato y conmovedor recuerdo. Pero conservaría sobre todo la devoción más íntima, resultante de una intensa dedicación intelectual y creativa como pocas, por la obra y la memoria de Rodó. Así, sucesivos, consecuentes, devotos, se dieron en distintas ocasiones. No hubo libro de Rodó del

que no hiciera comentarios que siguen siempre vigentes. Pero su fidelidad mayor fue en todo momento para el lejano Ariel, el libro del que él mismo escribió el prólogo y el epílogo. En 1946, siendo embajador en Moscú, pronunció una conferencia que tituló "Presencia del Ariel de José Enrique Rodó". Y todavía en 1950, en el cincuentenario del pequeño gran libro, pronunció otra en Montevideo titulada, significativamente, "Ariel en el momento de su aparición". Ambas evocaciones no sólo tuvieron mucho de autobiográficas, sino que, bien miradas, nos ponen en la génesis viviente —quisiéramos decir en la clave, y rivar esto de justificación a las referencias hechas— de la que fue la impar personalidad de Frugoni.

"Debe valer, en lo íntimo de vuestra alma —dice Próspero a sus discípulos— la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que el pensamiento, por gracia de las ideas virtualizadas y ningún otro interés de todos pierda su virtud comunicativa." Y eso les decía él —dice Próspero— "que cada uno de vosotros, hombres de ciencia los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción."

El pensamiento, por gracia de las ideas virtualizadas de un talento de excepción, al par que por el estimulante influjo de aquella incesante de Próspero la genialidad innovadora y a la energía voluntaria de la juventud Frugoni resultó ser al mismo tiempo, con sobresaliente destaque en cada caso, a la vez que grande unidad, honda y profunda, hombre de arte y hombre de acción. En todo su generación, el más cabal, y acaso inespereado de su tiempo, en el cumplimiento de lo que el mismo resumía así "El hombre no debe desarrollarse en la faz de su espíritu sino su naturaleza entera."

El HOMBRE de ciencia, Frugoni lo fue en el dicho, con el franco y ensañando en la que el curso de Dirección de Estudios Sociales y la disciplina Legislación del Trabajo, de cuya cátedra fue fundador, en episodio que marca que estaba en la historia de la ciencia jurídica nacional; lo fue en la sociología, a la que dedicó, desde su concepción marxista, libros y estudios diversos, ya clásicos, tanto de sociología teórica como de sociología aplicada a las realidades del país; lo fue en la historia, en particular con su estudio de la esencia del socialismo; lo fue, en fin, en la filosofía misma, a través de especulaciones diversas, pero sobre todo por intermedio de un libro, Ensayos sobre marxismo, que es la vez más importante contribución uruguaya a la literatura filosófica del materialismo dialéctico.

En sus obras, Frugoni nos dedica a destacar, dentro de un criterio que quiere ser de exégesis ortodoxa del pensamiento de Marx, la importancia del espíritu del momento socio-económico-materialista de la historia. En el titulado "El factor espiritual en el materialismo histórico", trata de mostrar el reconocimiento que el propio Marx hizo al excesivo factor espiritual. Y es así como debe reaparecer, por sorpresa de ciertas interpretaciones vulgares del marxismo, que es la vez más importante sustancial, entre la Filosofía de Ésta y la de Frugoni, que entendió ser —y esencialmente— la del filósofo Marx.

Pasajes capitales del mencionado ensayo, armonizan no sólo con ideas, sino en buena parte hasta con expresiones literales del texto de Marx de Rodó. Pero, en primer lugar, en primer momento de la humanidad la sujeción del espíritu a la materia es absoluta. La llama de razón, de pensamiento, de libertad, de sensibilidad, que el hombre lleva dentro y que él se movía demasiado pequeña, o no ha nacido aún, para que lo que se abraza sobre el tronco humano, sea el espíritu. Pero, en segundo lugar, las cosas materiales y de la vida fisiológica es completa. Pero a medida que la personalidad humana se desarrolla, el espíritu se vuelve cada vez menos directa y estricta. El espíritu va siendo cada vez menos la chispa directamente brotada del roca de la fisiología con la materia. Pero, en tercer lugar, el espíritu se

la realidad circundante, para ser cada vez más un producto complejo de múltiples factores, entre los cuales no se cuentan ya sólo las condiciones de carácter moral, las ideas, las creencias, las teorías, las doctrinas. Y estas, si bien surgen en los últimos años de la evolución socio-económica, obran a su vez sobre estas, porque los efectos son causas de otros efectos en el encadenamiento de la vida humana. Así, como Marx no niega —somete todo el devenir universal. Estos factores son productos y movimientos del espíritu, que a su vez agudiza. La llama se ilumina a sí misma. Cuanto más crece más alumbra y más depende de sí.

Expresado de ese modo, Frugoni la idea marxista de la ascendente marcha dialéctica que lleva a la especie del reinado de la necesidad al reinado de la libertad. Pero expresa también, y la coincidencia no era casual, la idea rodoniana del mismo ascenso, dialéctico a su modo, simbolizado por la dura frase de Ariel, "el héroe epónimo en la epopeya de la especie". Tanto, que en un siguiente ensayo del mismo libro, bajo el título de "Los fines ideales en la concepción materialista de la historia", se propone lo que llama "desentranar el rol permitido a los ideales desinteresados, a las aspiraciones de los individuos, al desarrollo colectivo y la orientación de la historia humana." Y tal esclarecimiento del papel de los ideales en las condiciones de opresión social resulta de los fundamentos fundamentales del marxismo: la de conciencia de clase. El interés económico de la clase oprimida se sublima en "idea" de redención humana. De ahí que en Frugoni —siguiendo al propio Marx— el materialismo dialéctico, adentrado del vivo idealismo ontológico en el campo de la metafísica, se sublima a su vez en "idealismo" axiológico en el campo de los valores.

Por esta preocupación, Frugoni se incorpora con honor a una importante corriente de la filosofía uruguaya del siglo XX, aquella que se ha interesado en sublimar en "idea" de redención del ideal o de los ideales, en su esencia y en su función. Han sido sus grandes representantes, en el Uruguay, Carlos Vaz Ferreira, Masera, Reyes, Figari, Frugoni, desde puntos de partida y desarrollos doctrinarios muy variados, pero en los mismos modos, de la original versión veruacola de la contemporánea filosofía de los valores. Y por diferentes que pueda parecer una vez y otras realmente ser, mutatis mutandis, lo que hay en el marxista Frugoni un declarado "idealismo" del valor, cuya génesis personal es indivisible de su fuente histórica arleñista, al mismo tiempo que su desenvolvimiento ulterior es inseparable de su prolongado, entrañable contacto amistoso e intelectual con la personalidad y la obra de Carlos Vaz Ferreira.

HOMBRE de arte, Frugoni lo fue ante todo en la poesía, a la que avoró, en una admirable continuidad de más de medio siglo, más de una decena de volúmenes que han trascendido ya en sus ediciones sucesivas, a veces nuevas, que van desde la poesía intimista a la cívica y social, cantando su ciudad, su tierra, su pueblo, pero sobre todo al paisaje y los horizontes de su alma; lo fue en la prosa, tanto bajo la forma del ensayo como de la crítica literaria, como de la crítica de la actividad a propósito del teatro, y luego, de modo esporádico, en relación con los más diversos géneros literarios; lo fue, en fin, en la oratoria, tal vez más que en cualquier otro momento que no careció nunca, cualquiera fuera el tema o el tribuna, del señorío literario que resultó, tanto en la oratoria, como en la prosa, que la nutría, como de la forma siempre brillante que le daba expresión.

Recordado con amplitud como poeta, Frugoni lo fue también, y suficientemente como creador artístico —a través de la palabra hablada. No obstante, algunos a quien se le ha llamado con razón "autoridad en el arte" — al eminente Pedro Henriquez Ureña, envía en 1926 el leccionario Repertorio americano de Sociología Literaria, que él había escrito de un notable discurso de Frugoni sobre María Eugenia Vaz Ferreira, con estas líneas: "Ahí van unos versos y abundan en ellos, pero hacen menos directa y estricta. El espíritu va siendo cada vez menos la chispa directamente brotada del roca de la fisiología con la materia. Pero, en tercer lugar, el espíritu se

(Pasa a la página 10)

# FRUGONI

(Viene de la página 7)

biado con elogio de María Eugenia y de Delmira Agustini, cuando parecía no quedarle nada de que decir sobre ninguna otra poeta del Uruguay, halla frases maravillosas para Juana de Ibarbourc.

**H**OMBRE de acción, es lo que, además del hombre de ciencia y el hombre de arte de que se ha hablado, fue esencialmente Frugoni. Lo fue ya como soldado ciudadano en la última de nuestras guerras civiles; pero lo fue sobre todo como fundador, conductor, periodista, tribuno, legislador y constituyente, de y por el Partido Socialista del Uruguay, a lo largo de una ininterrompida batalla de más de sesenta años; lo fue todavía como abogado activo al servicio de su credo político, como diplomático en un episodio pasajero de su vida pública y como dirigente de la Universidad de la República.

Frugoni, creador del Partido Socialista en 1905, tuvo en aquel momento mismo —hecho olvidado— el padrinzago y el aliento de Rodó, como lo había tenido para su iniciación política. Fiel al mensaje de su Prólogo, declaró entonces el Maestro, enfrentando prejuicios sociales y religiosos: "Hombres nuevos de entusiasmo e ideal necesitamos; hombres capaces de emocionarse por ideas y de convertir ese entusiasmo en voluntad perseverante. Así habrá luz y fuerza en el espíritu de la juventud, lo mismo cuando la pasión del ideal se personifica en el socialista Frugoni que cuando se encuentra en el anarquista Nira Echea."

Frugoni, orientador, proscandista y representante desde entonces del socialismo en su clásica modalidad de la Segunda Internacional, es, sin duda, el Frugoni de primer plano, la imagen suya que primero se proyectó y sin su nombre se pronuncia su nombre, el rostro con que él aparece ante las muchedumbres y la dimensión de su personalidad que lo convirtió en figura céntrica en el escenario nacional del siglo XX. En el escenario nacional y a otros acaecer, rioplatense y latinoamericano.

Aquella entonación "idealista" de su marxismo doctrinario, que hemos apuntado, forma una sola pieza con el romanticismo además de su socialismo "militante". "Idealista" que es "romántico", había permeado en uno de sus versos. Y romántica, en la más noble y perdurable de las efusiones espirituales del romanticismo era la efusión de su "socialismo, efusión humanista de la sensibilidad y del corazón, antes que fría concepción del determinismo de las leyes económicas y la dialéctica de los sistemas sociales.

Porque rebosaba de ternura y fraternidad con los humildes, su condición de poeta no fue separable de su condición de activista político; y por eso también, en la tradición francesa de donde recorda sobre todo su inspiración política, se sentía descendiente de Victor Hugo y Engels, se sentía descendiente de Victor Hu-

go, el poeta que en la parábola de su carrera había sabido aunar su inicial civismo liberal con generosos sueños igualitarios, tanto como hermano de Jean Jaurés, lejano epígono del romanticismo social. La visita de éste a Montevideo y la amistad y la unión con él hicieron, antes de su matrimonio, fue para él una de sus más grandes y recordadas emociones de socialista.

Más cerca estuvo, sin embargo, de sus grandes pares ideológicos, los socialistas argentinos Juan Bautista Justo, José Ingenieros, Alfredo Palacios, Nicolás Repetto y Mario Bravo. Con ellos integra Frugoni una constelación histórica de políticos y humanistas, que protagonizaron una de las más memorables capitulos de la historia del socialismo en América Latina. A través de ella, su nombre se proyecta con significación continental. Los tiempos han cambiado, las realidades son otras; el mismo socialismo, o democracia social, o democracia popular, evolución, se metamorfosea y se diversifica en el mundo entero y en nuestra propia América. Aquel capítulo quedará, de cualquier modo, con su inalterable importancia histórica fundamentada por la realidad, que siempre reconoció la estatura latinoamericana de la personalidad de Frugoni.

En la evolución nacional, por la vertiente de sus mejores tendencias progresistas, se ha desarrollado la mentalidad de la materia, la sucesión de dos prolongadas mentalidades políticas suprapartidarias, concurrentes, una al siglo XIX, la otra al siglo XX; el principismo y el idealismo. Durante el reinado de la primera de las mentalidades se hicieron nombre de "principios"; durante el reinado de la segunda, se han hecho en nombre de "ideales". Eran los principios el fruto de una concepción empirista y dogmática, que la razón abstracta dictaba, indiferente a las contingencias de la historia; han sido los ideales el fruto de una concepción empirista y relativista de los fines ofrecidos a la acción humana por las concretas realidades históricas. El evolucionismo se constituyó una mentalidad patética de enlace, como epígono del principismo y prólogo del idealismo; y por intermedio suyo, una infirmitad vana del principismo ha cesado al seno de la "idea", en ciertas "individualidades", como forma de "gesta" de la persona humana.

En la etapa de anegote del idealismo, Emilio Frugoni ha sido, sin duda, el más típico representante de esta mentalidad política nacional. Filosofía del ideal, o de los ideales, por sobre su metafísica materialista, en el campo del pensamiento teórico, ha sido el mismo tiempo, en su generación, el político por excelencia del ideal o de los ideales en el terreno candente de las luchas políticas. Pero lo ha sido en aquel "intermedio" de los tiempos que vino a ser el período del inflexible temple ético del principismo. Así concebida su carrera, ha habido en ella una suerte de destino trágico, de "gesta" de enlace, que recordará, bajo muchos aspectos, la de aquel otro luchador y poeta que

fue en su hora la más enconada encarnación del principismo nacional. Acaso en la perspectiva del tiempo quede su imagen fijada en la historia como la de Juan Carlos Gómez: dos grandes proscritos, cada uno a su manera, pero entrañablemente afeccionados a su tierra y expresiones sobrias de la nacionalidad que, cualquiera haya sido o sean, ayer, hoy o mañana, al acuerdo o al desacuerdo con tales o cuales de sus ideas o de sus actitudes.

**H**ICO Inasire de la Universidad de Montevideo, lo fue ya Frugoni por todo eso que, estudiante, egresado y profesor de la misma, representó en la ciencia, en el arte, en la acción. Pero lo fue todavía más por su estudio, dedicado permanentemente con los estudiantes tanto mayor cuando ella fuera agredida o estuviera amenazada.

Promotor de la reforma de su Facultad y de la Universidad, en el tránsito de la tercera a la cuarta década del siglo, fue el primer Decano reformista de aquella, cargo en el que lo sorprendió el golpe de Estado del 31 de marzo de 1933. Inolvidable ha quedado su resistencia de aquel día y aquella noche, junto con los estudiantes, en el local de la Facultad, y su entusiasta e inteligente liderazgo al país: "Son universitarios —decía— los que han pasado por las aulas de esta casa de estudios, quienes se prevalecen del poder para quebrar los frenos de la constitución e intervenir al país en el tembladeral de las situaciones de fuerza."

"Esta Facultad se halla obligada por eso, más que nunca, a afirmar frente a la convulsión subversiva, decretada desde las alturas del gobierno, su lealtad para con las enseñanzas de libertad política que ella imparte y su fe en los principios que sustentan la independencia de los derechos del pueblo, desconocidos por los gobernantes que desearían y pisotean los límites constitucionales marcados a su acción y a su voluntad."

La Universidad ha de ser baluarte del civismo y no deberá dejar hollar sus principios inalienables sin lanzar ante la conciencia del país su anatema contra los mandones que en una hora de extravío intentan atropellarlos."

Fue así con la prisión y el destierro. Pero de éste volvió para prestar historia Arambula, General del Claustro Universitario, de los años 1934 y 1935, la primera de su carácter en la historia del país, de la cual surgieron las diversas bases doctrinarias de la Universidad nueva. En el suceso, como entonces y como siempre, la Universidad tuvo en él, estuero donde estuero, más todavía que un defensor constante, un portavoz de su espíritu, una encarnación viviente de sus mejores tradiciones. Tanto como el país, pierde la Universidad a una de sus mentes más grandes y más félicas. Muchos de nosotros perdimos además al maestro de quien recibiríamos tantos ejemplos y enseñanzas, y al amigo generoso que obligara tantas veces nuestra gratitud.

Al despedirse en nombre de la Universidad de la República, sentimos con emoción hasta qué punto es todo un pedazo de nuestra historia nacional y universitaria lo que despedimos con él.